

LAS ELECCIONES NORTEAMERICANAS



Doctor OSIRIS TROIANI

Las elecciones norteamericanas de 1960, sea cual fuere su resultado, comportan una opción histórica de primera magnitud, no solo para los Estados Unidos sino también para el resto del mundo. Se conviene generalmente en que los 65 millones de ciudadanos a cargo de quienes estará esa opción no son conscientes -ni podrían serlo- de los verdaderos términos de la situación.

Es el año en que, por primera vez, el producto bruto excedió la cifra fabulosa de 500.000 millones de dólares. Pero la sociedad norteamericana, cada vez más rica, está cada vez más ansiosa. Sus dirigentes saben perfectamente cuáles son las amenazas inherentes al sistema. Libros como los de William H. Whyte (**The Organization Man**), Wright Mills (**The Power Elite**), Max Lerner (**America as a Civilization**) el almirante Rickover (**Education and Freedom**) y la acción infatigable de publicistas como Galbraith o Schlessinger, han puesto el dedo sobre las llagas. Los dirigentes de la opinión pública no han querido, sin embargo, atender a esas prevenciones. Por el contrario, han denunciado con ira a los pájaros de mal agüero. Y, por lo tanto, no se ve la posibilidad de

que los Estados Unidos puedan conjurar esos peligros, salvo después de conocerlos por experiencia.

I. LOS ELEMENTOS DE LA SITUACION

Sin embargo, los hechos nuevos son tan claros que es preciso esforzarse para no verlos. Por ejemplo, entre 1950 y 1960 la población de los Estados Unidos creció en más de treinta millones de habitantes. Aun más significativo es el hecho de que ese prodigioso incremento deba muy poco a la inmigración: de 1900 a 1910, por ejemplo, ella provocaba la mitad del crecimiento demográfico, ahora la quinta parte.

Las consecuencias de este fenómeno -que nadie había previsto- son enormes. La "revolución demográfica" contribuyó poderosamente a resolver las dos recesiones económicas registradas en este período. Si la primera fue absorbida por el esfuerzo de producción que la guerra de Corea hizo necesario, la segunda no conoció sino un "tratamiento interno". Para los hombres de negocios, ese crecimiento vertiginoso de la población significa, a la vez, un mercado interior más vasto y la necesidad de multiplicar los empleos disponibles. Has-

ta ahora, ambas cosas se han verificado. Pero no sin que apareciera una inesperada derivación.

En una economía "libre", la estabilidad exige no solamente la creación de desempleo, sino el mantenimiento de la demanda mediante la creación de necesidades artificiales, como señala el profesor Thomas Balogh, de Oxford. En los Estados Unidos se estima que el sistema necesita unos 5 millones de desocupados, a quienes se subsidia para evitar que produzcan mercaderías que no tendrían venta. Esa cifra representa aproximadamente el 11% de la población ocupada, y este porcentaje mide el "margen de seguridad" de la economía norteamericana contra la crisis de superproducción. Por otra parte, intensas campañas publicitarias procuran corregir el "envejecimiento" psicológico de los productos. Es necesario que los compradores reemplacen, en poco tiempo, unos aparatos que aún podrían servirles. No se los compra por su utilidad sino por el prestigio social que confieren. Y, a la larga, de ello resulta inevitablemente un sentimiento de pobreza espiritual, de insatisfacción, de culpabilidad, de

impaciencia, de agresividad. Cuanto más próspero es el sistema, mayor el malestar psicológico.

Cada año es necesario contar con otros tres millones de consumidores: hay que proporcionarles vivienda, vestido, alimentos. Lo cual entraña, para los hombres de negocios, una razón de optimismo. Pero también es preciso crear millones de empleos nuevos, en un momento en que la "automación" reemplaza cada vez más a los trabajadores por máquinas electrónicas. En estos 10 años, la "automación" redujo en más de un tercio el número de los mineros del carbón. La siderúrgica ha emprendido recientemente el mismo camino.

Las relaciones obrero-patronales se rigen, desde 1947, por la ley Taft-Hartley, que permitió atenuar el dinamismo sindical propio de las situaciones de postguerra. Ahora se considera que esa ley es ineficaz y que -fusionadas las dos centrales obreras en 1955- no será posible imponer una coyunda más rígida a 15 millones de trabajadores organizados. Observadores autorizados preconizan un ensanche de los poderes del ejecutivo como única forma de instituir un nuevo tipo de relaciones entre la dirección de las empresas y su personal. Ese podría ser el hecho dominante de los años por venir.

La libre negociación de convenciones colectivas produce alzas de salarios que han sido incorporadas inmediatamente a los precios. Los precios norteamericanos comienzan a ser no competitivos en los mercados mundiales. Por otra parte, aumenta el desequilibrio entre esos precios industriales y los que pagan los Estados Unidos por las materias primas que importa de los países sub-desarrollados. Se ha dicho que el aumento de un centavo de dólar a cada obrero norteamericano despoja de decenas de pesos a

OSIRIS TROIANI

Hombre de letras argentino, radicado en Colombia desde hace algunos años.

Ejerció el periodismo en Buenos Aires, desde 1938. Especialista en relaciones internacionales, ha concurrido a varias conferencias de este aspecto. Estudió en particular, la situación de los Países Latinoamericanos, sobre los cuales ha escrito libros, ensayos y artículos varios.

Conferencista en los Institutos Militares de su país, recientemente disertó también, ante los Oficiales Superiores de la Fuerza Aérea Colombiana. Corresponsal de varios periódicos latinoamericanos en Bogotá. Dirigió el departamento internacional de la Revista "Semana". Es actualmente comentarista internacional de la Televisora Nacional.

cada trabajador de América Latina. Situación peligrosa, cuando ambos bloques parecen dispuestos a ventilar su pleito en el terreno de la competición económica.

La población de edad escolar (de 5 a 17 años) llegaba en 1950 a 30 millones: ahora es de 43 y crecerá en las mismas proporciones, por lo menos durante la próxima década. Pero las construcciones escolares, su equipo, su personal, no se han desarrollado con la misma velocidad. Ya un millón de jóvenes carece de escuelas. En un momento en que la URSS establece la enseñanza obligatoria de 10 años, en lugar de 7 como hasta ahora, y cuando un subcomité del Congreso norteamericano verificó la creciente superioridad soviética en la formación de técnicos, ese retroceso en la instrucción primaria puede ser desastroso. La opinión pública no se ha percatado de ello: el año pasado, un plebiscito rechazó en Nueva York la apertura de créditos escolares por valor de 500 millones de dólares.

Los granjeros siguen vendiendo cosechas al Estado, que dispone de excedentes superiores a 80.000 millones de dólares. El gobierno no puede lanzarlas al mercado mundial sin provocar agudas tensiones entre sus aliados, que son también sus competidores. El subsidio a la agricultura, aunque contradice los principios del sistema, se ha incorporado a su lógica. Alguien lo llamó el "vicio secreto" del capitalismo norteamericano: en realidad, de secreto no tiene nada. En 1952, el general Eisenhower se atrevió aún a prometer que combatiría esa inflación de los subsidios agrícolas; desde entonces, se prefiere tranquilizar a los granjeros. Los señores Nixon y Kennedy han coincidido en ello.

Otro hecho irreductible es la continua promoción social del negro. La decisión de la Corte Suprema, en 1954,

por la que se prohibió la segregación racial, se está aplicando lenta, pero seguramente, en los estados sureños. En 1957 se votó una ley de derechos cívicos que acuerda a los negros posibilidades más efectivas para ejercer el voto. Estos progresos de la población de color le prometen, para la década que se inicia, la meta de la igualdad social, con todo lo que ello implicará en las estructuras y en las costumbres de la sociedad norteamericana.

El 2 de diciembre de 1954 el Senado "censuró" a Joseph McCarthy. Así terminaba -poco antes de extinguirse su vida física- la carrera del único hombre que pareció amenazar las libertades públicas en los Estados Unidos. Hasta entonces, el anticomunismo era la táctica privilegiada: los republicanos imputaban a los demócratas una culpable tolerancia, originada en los contactos nefandos del período de alianza con la URSS, y éstos, para defenderse, se resignaban a descubrir elementos nocivos en las oficinas gubernamentales. El presidente Eisenhower, que llegó a la Casa Blanca del brazo del senador McCarthy, y toda clase dirigente, reaccionaron contra tales métodos antes de que el pueblo los repudiara. La atmósfera política se ha saneado y la sospecha dejó de emponzoñar las relaciones humanas.

Sin embargo, los triunfos científicos y económicos de la URSS, los inauditos desplantes del señor Kruschev, han sumido a la opinión norteamericana en una colérica amargura, estado de ánimo más digno que el de la obsesionante sospecha, pero no más adecuado al cumplimiento de las tareas históricas que pesan sobre el pueblo de los Estados Unidos. Sus jefes saben que es necesario devolverle la fe, excitar su energía, su ímpetu creador, como lo hizo Roosevelt durante la cri-

sis de 1930. No es seguro que puedan obtenerse tales efectos.

Una difundida filosofía pretende que la seguridad es un valor antitético de la libertad. Insiste en explicar esa depresión espiritual como resultado de las prestaciones sociales, que excluyen de la experiencia humana la saludable noción del riesgo. Sea de ello lo que fuere, la prevención de ciertos sectores contra el Estado Providencia no ha impedido que, en esta campaña electoral, el tema de las asignaciones a los ancianos haya sido uno de los más frecuentes. Los dos partidos ofrecieron a cada ciudadano "una vejez feliz".

II. HISTORIA DE UNA CAMPAÑA ELECTORAL

La campaña electoral comenzó, de hecho, en enero, cuando el presidente Eisenhower leyó ante el Congreso su último mensaje "sobre el estado de la Unión". En medio del aplauso de los republicanos y el silencio cortés de los demócratas, declaró que el año 1960 sería el más próspero de la historia norteamericana, y se refirió, con una satisfacción discreta, al mejoramiento de las relaciones con la URSS. El lema electoral del Partido Republicano pareció brotar espontáneamente del texto de su discurso: "Paz y prosperidad". Pero, si alguno de sus críticos se anticipó a señalar que la prosperidad tenía como contrapartida un apreciable debilitamiento del poderío militar de la nación, fue necesario esperar al 16 de mayo, fecha de la frustrada conferencia en La Cumbre, para llegar a la evidencia de que el gobierno republicano había sido igualmente demasiado optimista al apreciar la situación internacional.

Desde ese momento, el gobierno trató de retirarse de la refriega electoral. El hombre que estaba sentado tras el

señor Eisenhower cuando éste pronunció aquel mensaje, Richard Nixon, aparecía entonces como heredero presuntivo, y su carta de triunfo era, precisamente, el apoyo personal del primer magistrado, cuya popularidad sigue intacta. Pero el vicepresidente no tardó en hacer declaraciones tendientes a demostrar que la política propuesta por él a sus futuros electores no era necesariamente la que había practicado el gobierno republicano. Fue una aguda decepción para el presidente Eisenhower, quien, sin embargo, siguió demostrándole el mismo afecto paternal que en los ocho años durante los cuales cooperaron en el poder.

En las elecciones primarias, el señor Nixon no tuvo contrincante. El gobernador de Nueva York, Nelson Rockefeller, había declarado desde el principio que no participaría en ellas. Sin embargo, en un momento decisivo lanzó un ataque vehemente contra la política oficial y contra el hombre que pretendía la candidatura republicana. A su juicio, la posición de los Estados Unidos en el mundo había desmejorado continuamente en los últimos 15 años. Rockefeller reclamaba otros tres mil millones de dólares para la defensa, cuya inversión debía permitir, a su juicio, una reactivación industrial semejante a la del "boom" coreano. Se oponía a Nixon, porque éste no había ofrecido al Partido Republicano un programa definido. Lo sorprendente es que, en vísperas de la convención partidaria, en la que estaba seguro de vencer fácilmente, el señor Nixon tomó el tren no para Chicago, donde lo esperaban los delegados sino para Nueva York, donde conferenció a puertas cerradas con el gobernador. En esa entrevista, para obtener el apoyo del señor Rockefeller, sacrificó totalmente el programa conservador que sus amigos habían preparado, y adoptó el

de su interlocutor, mucho más imaginativo. La convención no se atrevió a oponerle resistencia. Estaba en manos de la "vieja guardia", de los hombres que componen la maquinaria electoral del partido, y uno de ellos, el senador Barry Goldwater, representante del ala derecha más extremista, expresó así su impotencia y su resignación: "Nuestro partido ha muerto".

Entre los demócratas sí hubo lucha. El mismo día en que el jefe de la Casa Blanca leyó su mensaje, y en que el vicepresidente lo escuchó desde su estrado, tranquilo y optimista, porque él podría hacer su campaña amparado por la dignidad de sus funciones oficiales y disfrutar del prestigio de su jefe, cuatro senadores de la oposición pensaban que ellos, a su vez, deberían consagrar buena parte de su energía a hostigar a los unos a los otros. En realidad, el único que salió a la liza contra Robert Kennedy fue Hubert Humphrey, que en pocas semanas quedó fuera de combate. Los otros dos, Lyndon Johnson y Suart Symington, tuvieron el acierto de no presentarse a las elecciones primarias. Se reservaban para la convención de Los Angeles, procediendo del mismo modo que un quinto aspirante -el exgobernador Adlai Stevenson, derrotado por Eisenhower en 1952 y 1956- que no desistió hasta último momento. Kennedy fue elegido en primera votación y por una mayoría abrumadora. En su caso, la derrota de la "vieja guardia" fue aún más ostensible, puesto que en ningún momento había transado con ella, mientras que Nixon, hasta último momento, fue su jefe.

Así, a mediados, de julio, los dos partidos se habían definido en favor de la juventud, la independencia personal y la audacia política. Un hombre de 43 años le disputaría a otro de 47 el más grande poder de la tierra. El vicepresidente Nixon no había vacila-

do en enfrentarse con su propio gobierno y el senador Kennedy no debía nada al jefe de su partido, Stevenson, ni a nadie. La maniobra final de Nixon -su adopción del programa de Rockefeller- podía ser comparada, por su coraje, con la intrépida decisión de Kennedy, que aspira a dar a los Estados Unidos su primer presidente católico. El electorado tuvo así ante los ojos a dos personalidades singularmente atractivas y capaces de estimular su imaginación. Por otra parte, ambos demostraron inmediatamente que tampoco carecen de prudencia y realismo, al elegir como compañeros de fórmula al demócrata Lyndon Johnson y al republicano Henry Cabot Lodge. El primero es un "sudista" de Texas bastante moderado para no irritar a los liberales del Oeste, y el segundo un vástago distinguido de una de las más tradicionales familias de Boston, que así se recuperaron de la emoción sufrida ante el triunfo pre-electoral del "papista" Kennedy.

Tan pronto como el debate comenzó, en agosto, se pudo ver que sus dos protagonistas estaban dispuestos a entrar en el meollo de la cuestión. El tema verdadero era el que los economistas llaman "distribución de recursos", esto es, la forma de utilizar la renta nacional. El presidente Eisenhower dijo a menudo que el objeto del sistema económico de su país era producir más y más bienes de consumo, y que los republicanos se esforzarían siempre por reducir la parte de la renta nacional gastada por el Estado. "El dinero del Estado -afirmó hace un año- no se gastará nunca con tanta inteligencia y utilidad para la economía como lo habría gastado el contribuyente". El mismo Nixon sostuvo: "Los republicanos tenemos la convicción inquebrantable de que el dinamismo de la economía es tanto mayor cuando se lo confía al libre arbitrio de millones

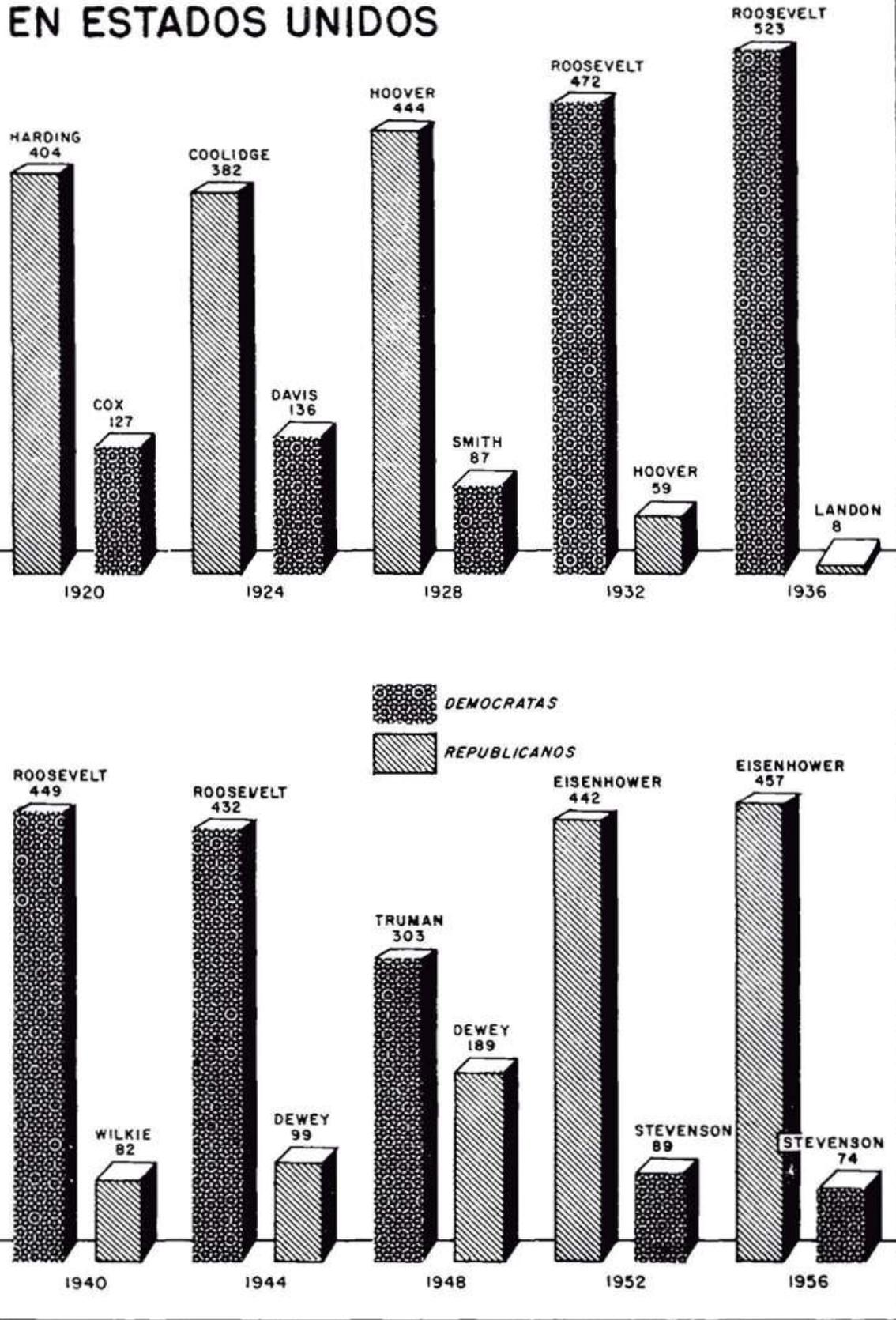
de consumidores individuales. Los consejeros de Kennedy se atenían, en cambio, a la tesis de que es preciso incrementar el gasto público a expensas del privado. A su juicio, más inteligente que gastar dinero "en cosas" -frecuentemente, en un segundo automóvil o un tercer televisor, es decir, todo lo que propone la publicidad a los consumidores para que actúen de acuerdo con los intereses de la producción era gastarlo "en hombres", esto es en escuelas, hospitales, trabajo para todos y defensa nacional. El cuáquero Nixon defendía el "american way of life", tal como generalmente se lo entiende: el católico Kennedy sostenía que la Declaración de la Independencia y la Revolución Americana están fundadas en la idea de que los hombres valen más que las cosas. El candidato demócrata entiende, por lo demás, que si bien el producto nacional bruto es aún en los Estados Unidos más del doble que en la URSS, los rusos progresaron en estos años con una velocidad también doble, porque invierten, por medio del Estado, una proporción de su renta muy superior. A quienes objetan que los fines del Estado no son necesariamente los del pueblo, Kennedy se atrevió a responderles con la prioridad que la URSS concede a la enseñanza, que también es consumo, y que tiene, naturalmente, fines sociales.

El hecho de que el señor Nixon hubiera aceptado el programa imaginado por Nelson Rockefeller indica que él también, a la postre reconocía la necesidad de un estado activo y si adoptó una actitud más flexible que su oponente fue para no herir de frente los prejuicios ideológicos de sus partidarios. Pero es evidente que tanto Kennedy como Nixon, en la Casa Blanca, se harían cargo de la verdadera naturaleza del desafío soviético mucho mejor que los gobiernos de los señores Truman y Eisenhower.

Entre los dos candidatos había acuerdo sobre la necesidad de promover, desde el gobierno, nuevos programas de desarrollo y nuevas formas de expansión. En cada uno de los pueblos que recorrió, Kennedy suscitó deliberadamente la imagen de un "rooseveltiano", de un partidario del New Deal, de un creyente en las finalidades humanas del poder. Su fórmula era la de una "nueva frontera", como la que en el siglo pasado atrajo hacia el Oeste el dinamismo de su pueblo. Este no es complaciente ni perezoso, a pesar de estar gozando de un bienestar sin ejemplo. Esperaba, para reanudar su marcha, a que este joven alto y esbelto viniera a colocarse frente a él para indicarle el rumbo. Lo difícil, para Kennedy, era denunciar el letargo de estos últimos años sin exponerse a que Nixon lo acusara de menospreciar los métodos norteamericanos y de admirar los triunfos del comunismo. En todos sus discursos repitió que los Estados Unidos tienen mayores posibilidades que cualquier otro país, y que, por lo tanto, no deben ser los segundos de nadie. Otra dificultad, aún más seria, era la de trazar una línea que no pudiera ser borrada por la táctica imitativa de Nixon. Si el vicepresidente también decía que los Estados Unidos deben progresar con un ritmo más vivo, y que ese proceso puede ser estimulado por el gobierno, cómo separar los dos campos? Kennedy optó por criticar la política de "dinero caro". En cada estado pidió medidas específicas para el fomento de una economía en expansión y atacó las "ideas anticuadas" del actual gobierno en materia de responsabilidad fiscal. Nixon no podía oponer a esas afirmaciones sino una vacilante posición intermedia, denunciando a la vez los peligros de un crédito demasiado duro y los de la inflación.

El desarrollo de la campaña -si-

LAS DIEZ ULTIMAS ELECCIONES EN ESTADOS UNIDOS



nuosa, entrecortada, influida por todos los incidentes de la situación internacional y por las preocupaciones localistas, que a juicio de algunos observadores son aún determinantes- dejó la impresión de un considerable equilibrio de fuerzas. Si bien el problema negro ponía en dificultades a los demócratas, que son liberales en el Norte y partidarios en el Sur de la segregación racial, la posición de Lyndon Johnson, a quien todo el país considera un hombre ecuaníme, parecía suficiente para ganar los 57 votos de Carolina del Sur, Georgia, Alabama, Mississippi y Arkansas, una parte de los 38 delegados de Texas y Carolina del Norte, y tal vez algunos de los 39 de Tennessee, Kentucky y Oklahoma, mientras que los de Virginia, Luisiana y Florida seguían siendo improbables. En varios de estos estados se manifestó una reacción categórica contra el catolicismo de Kennedy, a pesar de que Nixon ordenó excluir ese tema. La posición adversa se expresó mediante estas palabras del doctor Ramsay Pollard, pastor de la Iglesia Bautista y presidente de la convención bautista del Sur: "El senador Kennedy tiene el derecho absoluto de ser católico. Pero esa religión es también un Estado político. Protesto contra la intolerancia y la persecución que desatan los católicos en los países en que son mayoría. Estoy contra Kennedy por eso". El candidato demócrata explicó que la religión es un asunto privado y que la jerarquía eclesiástica no podría influir en sus decisiones políticas. Se declaró defensor de la separación de la Iglesia y el Estado; esto, dicho sea de paso, choca abiertamente con la doctrina católica.

En definitiva, las últimas semanas mostraron cómo los dos estados gigantes y antípodas de Nueva York y California, con sus 77 votos en el co-

legio electoral, podían significar buena parte de la diferencia entre el triunfo y la derrota. Si el nombre de Nixon no suena particularmente bien en Nueva York y alrededores, donde hay muchas minorías con miedo a cualquier cambio en la línea liberal, el estado natal del vicepresidente no dejaría, por cierto, de aportar una votación copiosa a su candidatura. Allí el señor Nixon prodigó sus esfuerzos para convencer a la gente de que no debía quedarse en casa, segura de triunfar.

Si la victoria sonreía a Kennedy en Nueva York y a Nixon en California, quizás el resultado final dependiera de los estados del Medio Oeste, que en las dos últimas consultas habían sufragado en masa por Eisenhower. En Ohio, por ejemplo, los granjeros han sufrido muchas dificultades en los últimos tiempos: las restricciones crediticias provocaron cierta depresión en los negocios y un elevado número de personas están disgustadas por la posición del gobierno federal en lo que concierne a los pagos del seguro social y la atención médica a los ancianos. Todo esto devolvió, sin duda, a los demócratas, una apreciable cantidad de los votos perdidos en las elecciones anteriores. En cuanto a los sectores industriales del mismo estado, no había dudas de que responderían afirmativamente a la exhortación de la central obrera en favor del candidato demócrata.

Pero los dos jefes revelaron una notable capacidad para relacionar los asuntos locales por nimios, que fueran con la gran cuestión de nuestro tiempo. Quizás se trate de una especie de intuición nacional: la nación buscó oscuramente, a ciegas, un hombre joven cuya sola presencia expresara la salud, la vitalidad, la energía tumultuosa de su pueblo, su fé en el futuro, su decisión de vencer.